



Escultura de Patricia López Merino, quien participará en la III Bienal de Trujillo.

## 3<sup>a</sup> bienal de trujillo

Patricia López Merino

# Mitos de tierra cocida

**C**ARLOS Baudelaire dijo alguna vez que la escultura era cosa de carabes. De esa manera no sólo dio a entender su desconfianza en la escultura de su época, sino que de carambola, extendió la partida de nacimiento de la escultura primitiva. La escultura de carabes fue después la escultura africana que tanto entusiasmó a Matisse, Derain, Vlaminck y Picasso y que hizo posible un vuelco total de la sensibilidad en la primera década del siglo. De alguna manera los europeos siempre han buscado lo primitivo, pero fuera de Europa. Y sin embargo tenían allí Lascaux, Pech-Merle o Niaux. ¿En qué se diferencian estos de los aguaruna o los bororo? Lo primitivo europeo ya es historia civilizada, en cambio nosotros seguimos siendo los buenos salvajes con un eterno presente y sin historia.

El caso de Patricia López Merino, ha demostrado a los europeos que la escultura es en verdad un asunto de carabes, de primitivos, mejor, de primigenios. Que sólo en estas partes existe todavía un caudal inagotable de hitos con los que alimentar el arte, que es sólo aquí donde se dará la última batalla por la vida.

Patricia fue a Europa a aprender y ha regresado aprehendida, madura, transida allá de nuestra realidad. Fue a Europa a ruminar un sueño, a ovillar historias hasta que encontró su ser ancestral envuelto en un pequeño fardo o en una ánfora de tierra cocida.

Su camino ha sido el de todo artista que sale de su tierra para aprender y confrontarse. Primero en Barcelona, luego en París con Jeancois, donde trabajó la tierra cocida. Fue allí donde la descubrió y aprendió a amarla.

Recuerdo las primeras piezas que mandó desde París: pequeñas envolturas, fardos cosidos burdamente con un aspecto hondamente primitivo. Me impresionó entonces el trabajo textural: ¿tela, cuero, corcho o madera? Se me ocurrió que era su especial cualidad, engañar a los sentidos. Pero no sólo es la factura, sino la secreta intención de hablar con nuestro lenguaje, una lengua ancestral de huacas y "tapados", de desiertos de viejas y calcinadas tierras.

En sus obras más recientes se puede ver esa historia añeja de desiertos, pero también, como queriendo demostrar que el terreno de sus búsquedas es más amplio, un aire de primitivo africano, de torres de mimbre nepalesas, de obeliscos elípticos, totems desafiantes, enhiestos para comenzar el ritual de la vida. Y el rito ha comenzado ya, ahora que escribo, mientras ella trabaja contra el tiempo las cabezas (¿trofeo?) que pondrá al rededor de una alta torre y el brujo dé inicio a una historia sin fin.

ALFONSO CASTRILLON

